

MALVINAS

Memorias de infancias
en tiempos de guerra

Selección y prólogo

María Teresa Andruetto



conabip
Comisión Nacional de Bibliotecas Populares



Ministerio de Cultura
Argentina

Autoridades

Presidente de la Nación

Dr. Alberto Fernández

Vicepresidenta de la Nación

Dra. Cristina Fernández de Kirchner

Ministro de Cultura de la Nación

Prof. Tristán Bauer

Comisión Nacional de Bibliotecas Populares

Presidenta

Lic. María del Carmen Bianchi

Secretaria

María Guadalupe Conde

Vocales

Cdra. Marisa Alfiz

Lic. Adriana Lis Maggio

Daniel Lorente

Elsa Inés Tañski



MALVINAS

Memorias de infancias
en tiempos de guerra

Selección y prólogo
María Teresa Andruetto

Malvinas : memorias de infancias en tiempos de guerra / Isol ... [et al.] ; compilación de María Teresa Andruetto ; Prólogo de María Teresa Andruetto. - 1a ed ilustrada. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Comisión Nacional Protectora de Bibliotecas Populares, 2022.
168 p. ; 28x 20 cm. - (Biblioteca Popular)

ISBN 978-987-1696-34-5

1. Literatura Argentina. 2. Guerra de Malvinas. I. Isol II. Andruetto, María Teresa, comp. III. Andruetto, María Teresa, prolog. CDD 997.11

Idea y coordinación general
María Julia Magistratti

Coordinación editorial
Esteban Gutiérrez
Laura Rovito

Diseño y diagramación
Ariana Jenik

Producción
María Celeste Albe

Ilustración de tapa
Isol Misenta

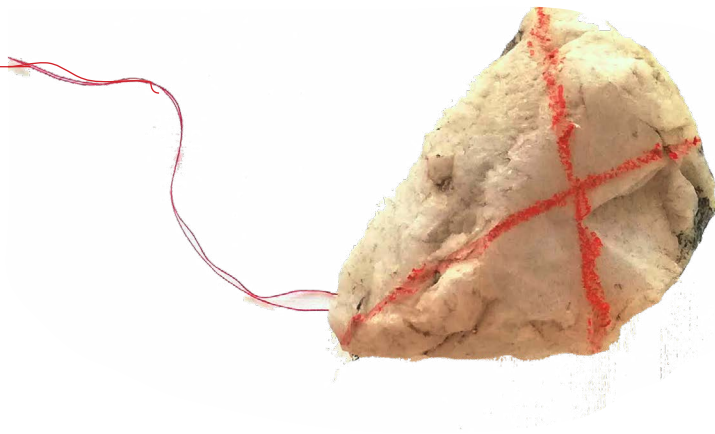
Colaboraron en esta edición:
Marisa Alfiz, Noelia Ale, Paola Molina, Gisela Miliani

Obra Registrada en la Dirección Nacional
de Derechos de Autor Ley 11.723

ISBN: 978-987-1696-34-5

Impreso en Argentina. Printed in Argentina.





MALVINAS

Memorias de infancias en tiempos de guerra

Selección y prólogo

María Teresa Andruetto

conabip
Comisión Nacional de Bibliotecas Populares



Ministerio de Cultura
Argentina

Índice

- Presentación, 11
- Prólogo de María Teresa Andruetto, 14
- Isol Misenta / *Aires del '82*, 18
- Fernanda García Lao / *Niña sin patria*, 20
- Roberta Iannamico / *El cuento de Malvinas*, 28
- María Elina Méndez / *Yo y la guerra*, 32
- Luciano Saracino / *Florenxia*, 34
- Mariano Quirós / *Los vendedores de enciclopedias*, 40
- Matías Trillo / *Pastosa emanación de matadero*, 46
- Ariel Williams / *La noche de los focos*, 48
- Julián Axat / *Chimbote y temerario*, 56
- Poly Bernatene / *Me lo contaron en colores*, 60
- Marcelo Guerrieri / *Es todo cuanto puedo dar*, 62
- Patricia Suárez / *Claridad*, 72
- Cynthia Orensztajn / *Carta a un soldado*, 82
- Alejandra Kamiya / *Cosas que no sé*, 84
- Eduardo Sacheri / *El silencio del pescadero*, 90
- Costhanzo / *Bajo fuego*, 96
- Gustavo Murillo / *Una odisea (el camino más largo)*, 98
- Sergio De Matteo / *Niebla de guerra*, 102
- Nicolás Arispe / *La batalla de Monte Longdon*, 110
- Viviana Ayilef / *El portero de la escuela*, 112
- Silvia Mellado / *Retales*, 118
- Pablo Bernasconi / *Contrapunto*, 124
- Natalia Ferreyra / *Como si acá no hubiera pasado nada*, 126
- Leo Oyola / *Los ojos más lindos de Isidro Casanova*, 132
- Raquel Cané / *Monstruos y titiriteros*, 136
- María Pia López / *La provincia de la infancia*, 138
- Láminas, 145



Natalia Ferreyra

Nació en Córdoba, 1980. Es Licenciada en Comunicación Social. Publicó el libro de cuentos *El resto de los días*. Obtuvo la beca de creación del Fondo Nacional de las Artes para el desarrollo de su primera novela. Dirigió el documental *La Hora del Lobo* sobre los linchamientos ocurridos en Córdoba en la noche del paro policial.

Como si acá no hubiera pasado nada

Tengo una imagen. Los cordones desatados, la lengua de las zapatillas escondida. Estoy parada en el balcón. El miedo y la fascinación. Tropezar y caer, o transformarme en pájaro, ganar altura, velocidad, mirar desde más arriba. No escupo hacia abajo, porque no está bien.

El cielo está gris y las hojas tapan los desagües de los techos bajos. Los geranios de las macetas ahora son palos secos. Todavía no llegó el invierno, pero ya comemos guiso.

Estoy sentada en la mesa de la cocina de mi abuela Tita. Arma ravioles de masa verde. Con una cucharita de té carga parte de la mezcla que preparamos anoche en la olla que trajo del pueblo. No se saca los anillos para cocinar y tiene rubor en las mejillas. A la Tita no se le pega el olor de la comida. Huele a limpia como si hubiera nacido bañada.

La radio está encendida. Mi abuelo Mingo está sentado en el sillón junto a la ventana. Escucha y anota en la libretita. Sólo números, aclara. Oye a los uruguayos de Radio Colonia. No conozco Uruguay, pero Tita dice que son buena gente y cuentan la verdad sobre la guerra. Ella vivió dos batallas mundiales. Una cuando era bebé y otra cuando tenía veinte años. Dice que no se acuerda y que la de ahora, es distinta. Pásame el queso, dice, y cambia de tema.

Los padres de mi mamá viven en el centro, me sé el nombre de la calle y el número, pero no lo digo. El departamento está en el quinto piso y tiene balcón. Los abuelos de mis amigas viven en barrios, en casas con patios. Tienen asadores, árboles y perros. Los míos llegaron a esta ciudad cuando mi mamá y mi tía se vinieron a estudiar a la Universidad. Son de un pueblo de Santa Fe que tampoco puedo decir, pero me sale de corrido y con cantito, aunque sea un nombre difícil.

Dejaron la sombra de la parra por la vista hacia los patios de los curas. Mirarlos desde el balcón es mi actividad preferida. De día no pasa nada, pero de noche, hay más gente. Tengo prohibido espiar a esa hora porque en los patios se ven linternas y pueden alumbrar para acá.

Mi papá dice que es una vista privilegiada, que vale oro, que podría servir al país. Mi abuelo le pone cara de culo y sigue con la libretita.

La manzana de los curas está en diagonal al departamento. Es de ladrillo visto y tienen patios conectados por pasillos. Mi tía dice que también hay túneles. Las plantas son altas, parecen árboles. Veo curas jóvenes, viejos y algunos monaguillos. Nunca mujeres. Las monjas están encerradas a pocas cuadras. De clausura, les dicen. El Mingo me prometió que algún día me llevaría, que tiene que averiguar cuándo salen o si tienen permitido una misa pública por mes. Me intriga saber cómo soportan el traje o si las bombachas también son negras como el velo.

Sos igual a tu tía y a tu madre, dice.

Hay que hablar menos y observar más, como tu abuela.

Vengo los sábados cada quince días. Me gustaría venir más, pero mamá no me deja. Desde que la echaron del colegio le da miedo el centro y me hace jurar que no saldré del departamento. Se acabaron los paseos por la plaza, se acabaron las reuniones con las amigas de tu tía, dice.

Lo único que me deja es espiar a los curas. Estar sentada en el balcón durante mucho tiempo da frío así que aprendí a tomar mate. Uso el termo celeste del Mingo y el mate de lata color rojo que también trajeron del pueblo.

Mi mamá llama y controla. Dónde está Natalia, qué hace Natalia, pregunta si salí a la calle con mi tía o no. Discuten con mi abuela. Siempre discuten cuando hablan de mi tía.

Tengo otras diversiones. Peino las plantas con peinetas de dientes anchos, saco las hojas secas de los helechos, ordeno cajones y la ayudo a la Tita a cocinar raviolos, polenta, guiso de mondongo, pastel de papas y milanesas. Los días más fríos hacemos pastelitos de membrillo o pastaflora.

Cuando me viene la risa me tapo la boca, en esta casa nadie se ríe. Menos mi tía que siempre está mirándose al espejo o hablando por teléfono a escondidas. Shhh, ándate de acá, me dice. No ves que estoy ocupada y se queda tirada en la cama, envuelta en colchas y descalza. Cuando mis abuelos duermen la siesta llora en el baño. Tiene arcadas como si de tanto llanto le dieran ganas de vomitar. Tía estás bien, le digo. Y me hace callar de nuevo, que no sea atrevida dice y me manda al balcón o a la cocina.

Mi tía Adriana vive con mis abuelos. Es linda y joven. Tiene un armario que ocupa la pared lateral de la pieza. Está lleno de cajas apiladas con aros, collares y anillos. Cuando mi tía se va, mi abuela me los presta. Trabaja en una farmacia. Se hace la que es cajera, pero en realidad es filósofa pero tampoco puedo decirlo.

Adriana tenía libros, pero se los llevó Marta. Una amiga de mi tía que quiero más que a mi tía. Marta sabía reírse fuerte y decía malas palabras. Se llevaba bien con mi

papá porque no tenía miedo a nada. Una vez salimos a correr la vuelta a la manzana de noche y mamá no me dejó volver a la casa de mis abuelos por tres meses.

Ahora vive en México, no manda fotos ni postales ni regalos, nada de lo que hace la gente cuando viaja. En el colegio, tampoco puedo hablar de Marta. Le digo a mi papá que me compre un perro porque si no, no puedo hablar de nada. Que parezco tonta de lo muda que me hago. Él se ríe y me dice que aprenda chistes, que eso siempre ayuda a distraer a la gente.

Matías es quien sabe de bromas, pero hace rato que está serio. Nos van a llamar la familia cara de culo. Él dice que los adultos mienten. Que siempre lo hicieron. Que primero con la Navidad, que después con el ratón Pérez. Que Marta se tuvo que esconder para que no la atraparan. Que vivimos en combate como los chicos de Malvinas.

La guerra empezó hace un mes y está obsesionado. Mira televisión a escondidas y tiene un cuaderno. Lleva un diario para los soldados. Anota chistes porque está seguro de que la risa les tapaná el frío. Dice que en las islas la sangre se pone azul. Que lo estudió en geografía y saca el mapa. Señala las dos manchas blancas que son Malvinas y dice, ves, son nuestras. Esto se llama plataforma marítima y nos corresponde por soberanía.

Estamos sentados frente al televisor. Nadie toca la fuente de empanadas. Vemos el programa para recaudar plata para la guerra. En la tele, está Pinky, una mujer que mi mamá escucha por la radio y un señor pelado que vi en otro programa que ve mi papá. Hay chicos como nosotros con banderas argentinas y están contentos. Mi hermano canta argentinos vamos a vencer, argentinos vamos a vencer, mi papá lo reta. Que no cante eso, que eso no se canta, dice. Después mi mamá lo reta a mi papá y le dice que es chico, que lo deje; qué va a hacer, si no entiende, pobrecito, dice, pobrecito. A mí no me retan porque no juego a la guerra, ni a ser soldado, ni me guardo la merienda para mandar a las islas.

La orden para mí es hablar menos.

Mi hermano sigue cantando, vamos argentinos, vamos a vencer, el futuro sigue su camino, hoy el país nos pide todo, demos todo con valor, vamos argentinos, vamos a vencer, argentinos a vencer.

Qué es vencer, mamá.

No sé, hija, preguntale a tu abuelo.

Es lunes y ya estoy de vuelta en casa. Las veredas están limpias y no hay edificios. Al frente vive Cecilia. Es mi amiga de fuego y a ella sí la dejan ir a las monjas. Hace semanas que no nos vemos. Su padre Pascual es de Buenos Aires. Mi papá dice que a pesar de ser porteño es buen tipo. El abuelo de Pascual es un viejo de

mierda, según mi mamá. Desde que empezó la guerra se hace la que no lo ve cuando estaciona frente de casa.

El viejo abrió una botella de *champagne* la noche que los soldados argentinos llegaron a Malvinas. Quería brindar por las islas. Nos fuimos del asado sin decir nada y desde ese día no veo a Ceci.

Yo le hago espejito, espejito desde la vereda de casa. A ver si la luz del sol nos vuelve a unir. Desde la ventana me hace señas. No la entiendo, pero me pone contenta que al menos me siga queriendo. En casa es difícil jugar a otra cosa que no sea a la guerra. Matías se la pasa disparando, invita amigos a acostarse en el patio y taparse con frazadas. Su sueño es tener un rifle.

Me gusta mi escuela, aunque también me dijeron que tengo que estar callada. En plástica, hacemos escarapelas con papel maché para recibir el mes de mayo. Modelamos sombreros y dibujamos el cabildo. La maestra de historia nos cuenta la historia del 25 de mayo. Habla de nación, de tierra, de patria. También dice algo de Malvinas. Dicta un ejercicio. Que elijamos una palabra para el mural del *hall* de entrada. Un deseo para los chicos de Malvinas en este 25 de mayo. Escribo comida. La maestra me pregunta de dónde saqué esa palabra. Le digo que de una historieta. Qué historieta, qué dónde la vi, que le diga. Insiste y no quiero hablar. Se me viene la cara de mamá y papá diciéndome que hable menos y hago de cuenta que me tragué la lengua.

Me explica que mi palabra no podrá ir en el mural, que piense otra. Escribo celeste y blanco y me dice que está bien, que, aunque sean dos palabras, entendí la consigna. Le dije que eran los colores de la bandera, pero en realidad pensé en el cielo. Cuando quiero irme a otro lado, miro para arriba. A lo mejor a los chicos de Malvinas también les sirva, mirar para arriba, sentir el cielo.

Suena el timbre. Me apuro a salir. Los viernes vamos con Mati a la plaza del centro a dejar chocolates y plata para que les manden a los soldados. Mis padres piensan que vamos a jugar al fútbol al club. Yo junté tres y dos pesos. Mi hermano tiene un botón: trece chocolates y diez pesos. Dice que les robó a mis abuelos y a papá. Ceci está en la parada del colectivo. Ella también va para allá. Su abuela, su mamá y sus tías están en la plaza en el comité de donaciones.

Matías y Ceci se van riendo. No sé de qué hablan, pero me molesta el ruido de la risa. Sube un policía y se pone al lado nuestro. Cuando el colectivo frena la pistola se viene contra mi cara. Ceci dice que no pasa nada, que su abuelo tiene armas en la casa. Que tienen que apretar un botón para que salga la bala. Viajo todo el camino con miedo. Si el policía se cae sobre la pistola, el botón se aprieta, la bala sale y me muero.

Pienso en mi mamá, mi tía y en Marta. Debería bajarme del colectivo y caminar firme por la avenida. Hacer de cuenta que el miedo no me toca y es sólo un

pensamiento equivocado. Ciencia ficción, mentira, como Dumbo o el Topo Gigio. Repaso los consejos: si escucho pasos detrás de mí, dejar pasar a quien camina; entrar a un negocio, detenerme y esperar que el tiempo pase; recién ahí, llamar a casa de mis abuelos. Son los únicos que tienen teléfono.

Tenemos que estar temprano, dos horas antes de que empiece el acto. Papá se quedó en casa para venir con nosotros. A mamá la pone nerviosa que vaya. Alberto, habrá banderas argentinas, Alberto, tratá de disimular porque si no, prefiero que no vayas, Alberto, si dicen algo de las islas por favor quedate callado. Hace tres semanas murieron muchos soldados en un barco. Los ingleses enviaron un submarino por debajo del agua y pusieron una bomba. Todos les dicen los chicos de Malvinas, como si tuvieran la edad de nosotros.

Matías actúa de Juan José Pasos, yo vendo pastelitos. Un corcho manchado de negro me tiñó las mejillas. Soy mulata y tengo los ojos como botón bumbula. Llevo un pañuelo rojo con lunares blancos en la cabeza, la boca pintada y siento gusto a jabón. Veo llegar a papá y a mamá. Los saludo desde un hueco que tiene el telón. Se sientan en la tercera fila. Mamá tiene un vestido azul hasta la rodilla y se hizo *brushing*. Papá fuma cigarrillo. La directora agarra el micrófono. Dice que en esta mañana donde brilla la patria, en lugar del himno vamos a cantar por la recuperación de las Islas Malvinas. Matías detrás del telón aplaude, yo busco a mi papá por la hendija de la tela. Canto bajo el manto de neblina, no las hemos de olvidar y veo a mi papá que no canta, mira el piso. Se hace el mudo como yo, como mi hermano, como mi mamá, como mi tía, como mi tía Marta que no es mi tía, como mi abuelo Mingo, como mi abuela Tita. La lengua retorcida, doblada como un pañuelo. Papá lo hace para que en el colegio nos quieran y nos pongan buena conducta en la libreta. Por ser obedientes, por actuar bien, por caminar firme y derecho, como Juan José Pasos y las vendedoras ambulantes de la Revolución de Mayo.